

BIOÉTICA Y VERACIDAD

Fernando Lolás Stepke¹

Este número de *Acta Bioethica* aparece, como el anterior de 2020, mientras el mundo entero continúa bajo los efectos de la crisis causada por el coronavirus. Esta situación ha generado cambios sustantivos en muchas esferas. Se han modificado hábitos, suprimido prácticas, adoptado precauciones. Las teorías conspirativas y las acusaciones a autoridades políticas y sanitarias indican que el trastorno es global y no se puede separar el componente epidemiológico de otras facetas de la vida social.

Allí radica un aspecto de trascendencia para el quehacer científico y la comunicación (o traducción) de sus resultados a la comunidad. Si algo afecta la conducta de las personas es la confianza en las indicaciones u ordenanzas. Las fuentes confiables de información son escasas y la comunicación de las certidumbres es asunto de ingeniería social.

En el concepto de “veracidad” confluyen varios supuestos. La idea de “verdad”, en cualquiera de sus formulaciones clásicas, no basta para movilizar voluntades. Existen diferencias, ya señaladas por Baltazar Gracián, entre mentir y decir mentiras. En un clima de ignorancia generalizada, la mala información individual no es culposa. En la veracidad se destaca la buena voluntad de comunicar lo relevante, lo útil y lo esencial. Así ocurre en la relación clínica. En ella, la comunicación exitosa se basa en la buena fe y en la adecuación a las capacidades intelectivas del receptor. Lo propio acontece con el consentimiento solidario del grupo familiar en enfermedades crónicas que alteran la vida no solo de quien padece sino de todo su entorno humano. Explicitar los presupuestos éticos de las políticas públicas es también un ideal cercano a la veracidad. En suma, no es el contenido de verdad sino la transparencia y la buena fe lo que importa en la comunicación. Más aún en tiempos de crisis, en que parecen relajarse los estándares de confiabilidad y las personas buscan desesperadamente alivio a sus angustias y esperanzas en la ciencia.

Especialmente en la investigación, proceso social que renueva conceptos, prácticas y personas, la veracidad debe promoverse y cultivarse. No basta con repetir el consabido sintagma anglofónico “*research integrity*” y deplorar que haya plagio, manipulación de datos o falsificación de información. Se trata, además, de lograr que los destinatarios de la información tengan certeza de que los métodos y premisas en que se basan los estudios son confiables o, al menos, se han sometido a escrutinio razonable. Ha habido errores en la forma de comunicar cifras como la tasa de decesos o la eficacia de tratamientos. Las noticias falsas lo son en un doble sentido: comunican algo no probado y lo hacen con fines espurios o ignorancia. Se investigan los intereses de las industrias farmacéuticas, cuyo éxito financiero depende del mercado y éste de la credibilidad de sus afirmaciones. Debe observarse, sin embargo, que la credulidad de las personas depende de sus expectativas, esperanzas y prejuicios. El balance entre credibilidad y credulidad no depende de la ciencia sino del juego de lenguajes que interpretan las *informaciones* para construir *conocimiento*.

El conocimiento no es simplemente información. Es la *articulación* de ésta con definidos fines sociales. La misma *información* (en el sentido de datos organizados) puede conducir a diferentes formas de *conocimiento*. Lo que publica una revista científica no equivale a lo que informa el periódico. Lo primero se dirige a expertos, lo segundo al público general. Errado sería suponer que las intenciones son idénticas.

¹ Director de *Acta Bioethica*. Profesor Titular, Universidad de Chile. Profesor Investigador, Universidad Central de Chile, Chile. ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-9684-2725>

Correspondencia: flolas@uchile.cl

Debe agregarse que la “voluntad de creer” es una compleja trama de experiencias y esperanzas, y que la manipulación es parte de todo discurso que trata de movilizar actitudes. La palabra tiene connotaciones negativas, pero es así. En toda retórica hay una intención de convencer y cambiar actitudes y conductas en receptores dispuestos a recibir mensajes.

La idea de veracidad, presente en las contribuciones de esta edición de *Acta Bioethica*, no se agota en ellas. Especialmente en épocas de crisis, las *heurísticas* —las formas de construir conocimiento— requieren especial atención. Además de ser “extraños morales”, los miembros de las comunidades son también “extraños epistémicos”. No “saben” lo mismo pese a usar similares palabras. El conocimiento se construye en distintos contextos, tiene diversas valencias y conduce a conductas distintas. Se precisa destacar la noción de una justicia contributiva, en el sentido de que cada grupo, y aun cada persona, tiene derecho a entrar al diálogo que definirá prioridades y generará consensos sobre qué hacer y cómo actuar. Esta armonización de discursos, de praxis, de intenciones, es una de las claves del discurso bioético.

A partir de este número de *Acta Bioethica*, se reconoce y agradece la contribución de la **Universidad Central de Chile** a esta publicación. Esta universidad ha creado y desarrolla un innovativo programa de investigación y docencia, y su Centro de Bioética, en el contexto de una Facultad de Ciencias de la Salud, se posiciona como una instancia de valor para el diálogo interdisciplinar.